

AMOR DE ANTESALA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

Representada con aplauso en el teatro de Variedades.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.
1835.



73658

La propiedad de esta comedia pertenece á los Señores Gullon y Regoyos, Directores de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

A D. JOAQUIN RAMÓN GARCIA.

SU BUEN AMIGO Y COMPAÑERO

Miguel Pastorido.

PERSONAJES.

ACTORES.

FLORA.....	D. ^a ANTONIA SCAPA.
VANCES.....	D. FRANCISCO CORONA.
SIMON.....	D. N. CÓRCOLES.

La accion pasa en Madrid y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un pequeño salón elegante. Puerta en el fondo y laterales. A la derecha, en primer término, un espejo y una mesa, con todo lo necesario para escribir, poner flores, etc. A la izquierda, también en primer término, un canapé, y junto á él un velador. Sillas, butacas.

ESCENA PRIMERA.

FLORA.

Es decir, que la señora,
á mí, que soy su doncella;
impide ir al baile, y ella
quiere divertirse! Ahora
desearia hallar manera
de vengarme... ¡Vano empeño!
Nada: hay que apelar al sueño,
cuando ir al baile quisiera.
¿Quién puede cerrar los ojos
cuando mira su esperanza
perdida? ¿Cuando no alcanza
á realizar sus antojos?
¡Dormir!... ¡Si estuviera en mí!...
(Recuéstase sobre el canapé, y á poco rato quedase dormida, mientras ha aparecido Vances,

que mira por todos lados, buscando quien le anuncie.)

ESCENA II.

VANCES, FLORA, dormida.

- VANCES. ¿Nadie que me anuncie? ¡Hola!
¿Si estará la casa sola?
No: la doucella está allí. (*Viéndola.*)
Duerme: para darle un beso
propicia ocasion me brinda.
¡Y cuidado si está linda!
—Atrevámonos. (*Le toma una mano.*)
- FLORA. (*Despertándose.*) ¿Qué es eso?
¿Quién así me ha sorprendido?
(*Levantándose.*)
¿El señor de Vances?
- VANCES. Si:
yo soy.
- FLORA. ¿Usted por aquí?
- VANCES. A Dios gracias.
- FLORA. Bien venido.
- VANCES. ¿Sabes que te encuentro, Flora,
lindísima? Y no es favor.
- FLORA. Vaya, ¿si! Tanto mejor.
- VANCES. Dime, ¿estará tu señora
visible?
- FLORA. Corro á anunciarle
su visita inesperada.
¿Y viene usted?...
- VANCES. De Granada.
- FLORA. Voy.
- VANCES. Deseo manifestarle
que el tiempo que he estado ausente...
- FLORA. Dos años.
- VANCES. No me ha cambiado.
- FLORA. ¿De veras?
- VANCES. Yo no he variado.
- FLORA. Se supone moralmente.
- VANCES. Esa espresion da á entender
que me hallas envejecido,

- FLORA. Hallo que usted ha vivido dos años.
- VANCES. ¡Cómo ha de ser!
Tú también, sin dar en ello, has cambiado.
- FLORA. De ese modo...
- VANCES. Pero como cambia todo lo que se pone mas bello.
- FLORA. Usted es siempre galante.
- VANCES. Soy justo. *(Yendo á abrazarla.)*
- FLORA. Quieto.
- VANCES. Ya veo que has variado.
- FLORA. Yo lo creo.
Usted lo ha dicho há un instante.
- VANCES. Es que consiste el variar no solo en que te embelleces.
- FLORA. ¿En qué mas?
- VANCES. En que otras veces te dejabas abrazar.
- FLORA. Otras veces su intencion aun no habia conocido.
- VANCES. ¿Y qué? ¿No has dado al olvido mi fatal proposicion?
- FLORA. ¿Cómo no pensar en ella yo, que soy de la señora su confidenta...
- VANCES. En buen hora.
- FLORA. Mas aun que su doncella?
- VANCES. Yo no creí...
- FLORA. ¡Sonrojarme ofreciéndome dinero!
- VANCES. Cierto que anduve ligero; pero debes perdonarme.
La clemencia es la virtud de toda mujer hermosa.
- FLORA. Yo quiero ser... virtuosa.
- VANCES. Mi tierna solicitud...
- FLORA. Sin que de altiva presuma, era una ofensa á mi honor.
- VANCES. *(Estoy viendo que el error solo consistió en la suma.)*

- FLORA. (Mas yo inventaré un ardid
para vengarme.)
- VANCES. (En la red
caerá al fin.)
- FLORA. ¿Y viene usted
por mucho tiempo á Madrid?
- VANCES. Indeterminadamente.
- FLORA. Yo creí que al extranjero
había marchado.
- VANCES. No; pero
en tanto que he estado ausente,
en las minas de Almagrera
me he detenido: por eso
no vine antes, y confieso
que es cosa que me exaspera
vivir en la soledad.
- FLORA. Si ella la riqueza aumenta,
siempre trae alguna cuenta.
- VANCES. Fuera de la utilidad,
para el que se encierra vivo
y largo tiempo se esconde
entre campesinos, ¿dónde
tiene la vida atractivo?
- FLORA. ¡Hay flores, prados y ríos
que admirar, lejanos montes
y confusos horizontes!...
- VANCES. ¡Muy bien!
- FLORA. ¡Y bosques sombríos!
- VANCES. ¿Y qué mas? Todo eso, Flora,
me cansa: el ardiente sol
que con tintas de arrebol
campos y árboles colora;
la blanca faz de la luna;
el brillo de las estrellas
reflejando luces bellas
ya en el mar, ya en la laguna;
la ensalzada melodía,
los dulces trinos, suaves,
con que saludan las aves
el nacimiento del día;
gozo, ilusiones completas
producirán; todo ello

será muy lindo, muy bello,
como dicen los poetas;
mas para mí, en realidad,
no ofrece el menor encanto,
y prefiero por lo tanto
el mundo y la sociedad.
Así es que debo mirar
los dos años trascurridos,
como dos años perdidos.

FLORA. Que no es fácil recobrar
por grande que sea el empeño.

VANCES. Miro el tiempo así empleado,
cual si lo hubiera pasado
continuamente en un sueño.
Y tal vez decir no pueda,
si estaba dormido ó muerto.
Ahora veo que despierto
como el gusano de seda
que, rasgando el sucio velo,
de nuevas galas se viste:
la crisálida no existe:
la mariposa alza el vuelo.
(Intenta abrazarla.)

FLORA. ¡Cuidado! alza el vuelo, si;
pero al vestir nuevas galas,
viene á quemarse las alas...

VANCES. ¿Dónde?

FLORA. En los fuegos de aquí.

VANCES. Pienso que tienes razon.

FLORA. ¡Yo lo creo!

VANCES. Porque ahora
que me acerco á tu señora,
latir siento el corazon...
¿Seguirá tan complaciente
conmigo? ¡Oh! si: ella será
la misma.

FLORA. Usted lo verá.

VANCES. Dulce, festiva, indolente...
Me acuerdo que era su vida
una *toilette* continuada;
siempre de flores cercada;
siempre de flores prendida:

- bien que no hay otro mejor
adorno... para las bellas.
- FLORA. Por eso usted era de ellas
tan pródigo.
- VANCES. Y en rigor
no sé decir si aceptaba
por amor á mí, las flores,
ó aceptaba mis amores
por las flores que le daba.
Mas di: ¿ha vivido cual yo
los dos años?...
- FLORA. ¿Quién?
- VANCES. Mi amiga.
- FLORA. ¿Qué quiere usted que le diga?
- VANCES. Al verte, juzgo que no.
- FLORA. ¿La razón?
- VANCES. Es poderosa.
De otro modo, ella á su lado
nunca hubiera conservado
una jóven tan preciosa,
para evitar el cotejo.
¿No es verdad?
- FLORA. Bien puede ser.
Sin embargo, la mujer
se mira tanto al espejo,
que no advierte si la edad
hace en su hermosura daño,
hasta que algun desengaño
le acredita la verdad.
- VANCES. Es decir...
- FLORA. Que voy al punto
á anunciarle á mi señora
su visita.
- VANCES. Oyeme, Flora.
- FLORA. ¿A qué hablar sobre el asunto?
- VANCES. Una palabra.
- FLORA. Solo una.
- VANCES. Si tú...
- FLORA. Ya ha dicho usted dos,
y me salvo.
- VANCES. Anda con Dios. (*Vase Flora.*)

ESCENA III.

VANCES *solo*.

Graciosa es como ninguna
esta chica.—Y bien, Sofia,
la mujer con quien apenas
he mantenido en dos años
ligera correspondencia,
va á recibirme. Veremos
si inalterable conserva
de su cariño la fé.

¡Fé en el cariño! La ausencia
dicen que afloja esos lazos,
cuando no los rompe, y ella
es mujer al fin: con todo,
en no muy lejana época
de mis galantes obsequios
se mostraba satisfecha;
y entonces aficionada
á bailes y fiestas era.
Tal vez no rehusará
que, á favor de la careta,
la acompañe yo esta noche
al baile.

(Acercándose al fondo y llamando.)

¿Simon?— Si acepta
mi ofrecimiento es señal
de que todavía se encuentra
fé en el cariño.— ¿Simon?

ESCENA IV.

VANCES, SIMON.

SIMON. ¿Señor?

VANCES.

Baja al coche: entra
en él, y sobre el asiento
hallarás á mano izquierda
una caja de carton.
La traes al punto y la entregas,

si yo no estuviese aquí,
á Flora...

SIMON. ¿Que es la doncella
de la Señora?

VANCES. Eso es.

SIMON. Voy. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA V.

VANCES, FLORA *por la derecha.*

FLORA. La señora le espera.

VANCES. Paso á verla. Mi criado
subirá aquí unas frioleras
para Sofia...

FLORA. ¿Usted quiere
que yo...

VANCES. Si no te molesta...

FLORA. Las entre? descuide usted.

VANCES. Ya volveré, buena pieza.

FLORA. ¿Pues y usted? ya es buena alhaja.

VANCES. No es malo que así lo creas.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VI.

FLORA.

¿No es malo? Señor de Vances,
cuidado con las empresas
que usted fragua. Todavía
me acuerdo de su grosera
y estraña proposicion.
Hace dos años: yo apenas
conocia el mundo: usted
me encontró bastante bella
para agradecerle: disculpa
halló usted en mi pobreza
para insultarme. Pues, bien,
necesario es que las deudas
se paguen. Usted acaso
no consideró que fuera

agradio, escribirme, «Flora, ahí te envío una docena de onzas para que no grites «al ladrón» cuando me veas entrar en tu cuarto.» ¡Y bien! ¡Famoso billete! Ingenua por demás era yo entonces, y con afianzar mi puerta y devolver el dinero me contenté; mas la ofensa exige que yo me vengue; pero esto de una manera especial. Y toda vez que la ocasión se presenta, guerra: veremos quien saca mejor parte en la pelea. Tengo la esperanza... un día me pronosticó mi abuela, que llegaría á elevarme sobre la modesta esfera en que estoy. ¡Y por qué no? ¡Quién sabe si ya se acerca la oportunidad? Es cierto que soy ahora...

ESCENA VIII.

FLORA. SIMON.

SIMON. ¿La doncella
de la señora?

FLORA. ¿Y qué importa?

SIMON. No hay que enfadarse, mi reina.
Yo sirvo en la actualidad
al señor de Vances.

FLORA. ¡Buena recomendación!

SIRON. ¿Y qué?

FLORA. Que sereis linda pareja.

Simon. Cabal: yo estoy satisfecho,
y él parece que se encuentra
contento de mí.

FLORA. ¿Y todo eso
á qué viene?

SIMON. A amarte, prenda.
Tú no serás desdenosa,
y me pareces dispuesta
á seguir la tradicion
de las gentes de librea.
¿No es verdad?

FLORA. ¿Cómo te llamas?

SIMON. Simon; pero si deseas
complaceme en algo, nómbrame
de cualquier otra manera.

FLORA. Señor Simon, usted es
un imbécil.

SIMON. ¡Gracias!

FLORA. Esa
es mi respuesta.

SIMON. ¿Formal?

FLORA. Formal.

SIMON. Pero si me niegas
tu corazon, cultivemos,
ya que otra cosa no sea,
relaciones... de antesala.
Verás cuál es mi sistema.
Mi amo es rico, generoso,
poco aficionado á cuentas...
—Vé calculando.—A esta casa
suele venir con frecuencia:
con que si estamos de acuerdo
los dos... el provecho... ¿aceptas?

FLORA. Rehusó.

SIMON. ¿De veras? Pero esto
es contra todas las reglas
del arte. No he dicho nada.
En fin, si no te molesta
entrégale á tu señora
esta caja.

FLORA. ¿Qué hay en ella?

SIMON. Puedes verlo.

FLORA. (Abriéndola.) Un dominó
de raso y una careta.

SIMON. Para el baile de esta noche

sin duda.

FLORA. (*Reflexionando.*) (El baile...)

SIMON. ¿En qué piensas?

FLORA. En ir al baile.

SIMON. ¿Conmigo?

FLORA. No: con tu amo.

SIMON. ¿Con él? ¿Sueñas?

FLORA. Quien sueña, amigo, eres tú.

SIMON. ¿Yo?

FLORA. Si.

SIMON. Adelante.

FLORA. ¿Te prestas

á seguir mis instrucciones?

SIMON. ¡Holal vuelves á mi idea.

¡Alianza! No me desdigo:

dispon de mí como quieras.

FLORA. (*Tomando un ramillete de la consola.*)

Toma este ramo de flores:

es la diaria fineza

que me envía un conde.

SIMON. ¿Y luego?

FLORA. ¿Es conocida tu letra?

SIMON. Una conoce mi amo;

pero yo sé hacer diversas.

FLORA. Pues cópiame este billete. (*Le da uno.*)

SIMON. Al punto. (*Se pone á escribir.*)

FLORA. Sin que él lo sepa.

SIMON. ¡Qué ha de saber! No hay cuidado.

FLORA. (*Mirando por encima del hombro de Simon.*)

¡Jesus, qué cosa tan fea!

SIMON. Escritura diplomática.

¿Quieres otra?

FLORA. No: esa es buena.

SIMON. Está corriente.

FLORA. Ahora firma

de modo que no se entienda.

SIMON. Un gran nombre. (*Firmando.*) Mira.

FLORA. Bien:

el sobre.

SIMON. Dame las señas.

FLORA. A la señorita Flora.

SIMON. ¿Con quo es para tí?

FLORA. Lo aciertas.
(*Simon dobla la carta y escribe el sobre.*)
Pon la carta entre las flores,
y cuando yo te lo advierta
ó veas que es buena ocasion...
SIMON. Entiendo. Salgo...
FLORA. Y la entregas.
SIMON. Ya.
FLORA. ¿Tú tendrás muchas voces?
SIMON. Casi tantas como letras.
FLORA. ¿Podrás sin que te conozcan
hablar?
SIMON. Haré lo que sea
menester.
FLORA. Perfectamente.
Posees una enciclopedia
de habilidades.
SIMON. Todo ello
era antes la viva lengua
de los criados. Ahora
no es mas que una lengua muerta.
El amo viene.
FLORA. ¡Silencio!

ESCENA VIII.

DICHOS, VANCES *por la derecha.*

VANCES. ¿Vodavía aquí, qué esperas?
SIMON. Ejecutaba las órdenes
del señor.
VANCES. En hora buena.
Haz que se adelante el coche.
SIMON. Allá voy.
FLORA. (*Ap. á Simon.*) No corre prisa.
SIMON. (*Id. á Flora.*) Bien.

ESCENA XI.

FLORA, VANCES.

VANCES. Hasta la vista, Flora.

- FLORA. (Es necesario evitar...)
- VANCES. Que no se olvide entregar esa caja á tu señora.
- FLORA. ¿Acepta al fin?
- VANCES. ¿Qué?
- FLORA. Su brazo para ir al baile.
- VANCES. ¡Ah! curiosa! ¿has visto?... (*Señalando el carton.*)
- FLORA. Como no es cosa reservada... (*Ya en el lazo va entrando.*) ¿Y qué tal ha sido el recibimiento?
- VANCES. Bueno. Estoy de esperanzas lleno: y al pensar que me han valido los dos años, que he pasado lejos de ella, tan completa satisfaccion...
- FLORA. ¿La receta quiere apurar? Bien pensado. Es un recurso la ausencia. ¿Y el baile?
- VANCES. No ha dicho nada; pero su dulce mirada me otorgó la preferencia.
- FLORA. ¿Preferencia?
- VANCES. ¿He dicho mal?
- FLORA. Tal vez. Para preferir, es necesario elegir.
- VANCES. Ella elegirá.
- FLORA. No hay tal.
- VANCES. Yo creo...
- FLORA. Venga usted aqui: (*Situándole delante del espejo.*) En este sitio le dejo. ¿Qué vé usted en ese espejo?
- VANCES. No veo á nadie mas que á mí.
- FLORA. Pues está usted en presencia de todos cuantos ahora disputan á mi señora lo que él llama preferencia.

Todos sus admiradores
ahí estan.

VANCES. Eso no es
verdad.

FLORA. ¿Y yo qué interés?..

VANCES. ¿De tantos adoradores
qué se ha hecho? Ella era el foco
hacia el cual, por todos lados,
mil satélites dorados
giraban.

FLORA. Que poco á poco
en lejana oscuridad
se han escondido.

VANCES. Es decir...

FLORA. Que usted no debe sentir
tan extraña soledad.

VANCES. No digo yo lo contrario;
pero...

FLORA. Escuche usted ahora
un ejemplo. Mi señora
tenia un loro y un canario.

VANCES. No comprendo.

FLORA. Es mi argumento.

El canario se murió:
el loro no lo sintió.

¿Tendrá un loro mas talento
que un hombre?

VANCES. Yo no concibo...

FLORA. Con permanecer un rato
verá usted si mi relato
es falso ó es positivo.

En otro tiempo, esta casa
la antesala parecia
de un ministro...

VANCES. Y en el día...

FLORA. La concurrencia es escasa.

VANCES. Lo dudo.

FLORA. Mas vale así.

Y váyase usted, no sea
que al fin de las dudas, crea
que yo le detengo aquí.

VANCES. No hay que atribuir á engaños

- que tú censures ó alabes...
pero Sofia, ya lo sabes,
tiene veinte y nueve años.
- FLORA. De esa edad á los cuarenta
todas afirman lo mismo,
que con la fé de bautismo
nadie al mundo se presenta.
- VANCES. No me digas ya mas, Fiora.
- FLORA. Soy muda. (*Se sienta.*)
- VANCES. ¿Despues de todo
qué importa? De cualquier modo
ella es encantadora.
¡Qué rostrol ¡Y el talla?
- FLORA. Admirar;
mas cuanto vale yo sé.
- VANCES. ¿Cómo?
- FLORA. Le ajusto el corsé
y veo lo que hay de mentira.
- VANCES. Tu mirada escrupulosa
concederá mas valor
al purpurino color
de sus mejillas de rosa.
- FLORA. No me estraña; pues al fin
aunque rosadas esten...
- VANCES. Explicate.
- FLORA. Yo soy quien
pone en su rostro el carmin.
- VANCES. Será un capricho.
- FLORA. Quizás.
- VANCES. No hay que dudarlo.
- FLORA. Está claro.
- VANCES. Yo en eso poco reparo.
- FLORA. Bien hecho.
- VANCES. ¿Y qué me dirás
de aqnel brazo, cuya piel
escece á la nieve pura
en transparencia y blancura?
- FLORA. ¡Oh! Si.
- VANCES. ¿Es debida al pincel?
- FLORA. Una vez que usted es franco,
yo debo serlo tambien.
- VANCES. Tanto mejor.

FLORA. Yo soy quien
pone en sus brazos el blanco...

VANCES. Esa es la moda del día:
darse... ¿pero dónde dejas
aquellas brillantes cejas
que estoy cierto envidiaría
una andaluza?

FLORA. Me alegro
de que le parezcan bien.

VANCES. ¿Son fingidas?

FLORA. Yo soy quien
pone en sus cejas el negro.

VANCES. ¡Maldita tu indiscrucion!
¡El blanco... el negro... el carmin ...
capaces son de dar fin
á la mas viva ilusion!

FLORA. (Yo lo creo!)

VANCES. ¡Envejecida!
Cierto que yo deseara...
¡pero puedo echarle en cara
esos dos años de vida?
¿Yo á la par no he envejecido,
mientras fuera de su lado
estaba? ¿Y ha demostrado
ella haberse apercebido
de tal mudanza? No: en mí
solo encuentra viejo el fuego
con que á la pasion me entrego;
y yo... ¡el hombre es loco!

FLORA. Si.

VANCES. Yo en cambio...

FLORA. (Ya cae en la red:
démosle fuerza al reclamo.)

VANCES. Por otra parte, yo la amo.

FLORA. Ella tambien le ama á usted.

VANCES. ¿Verdad?

FLORA. No pasaba día
sin que hablara de su afecto.
Pues si hasta tuvo el proyecto
de marchar á Andalucía.

VANCES. ¡Oh!

FLORA. A mayor abundamiento,

yo le puedo demostrar
su amor: basta consultar
un pequeño documento:
mi diario.

VANCES. ¿Escribes tú?..

FLORA. Si.

VANCES. Veamos el diario.

*(Flora lo abre, Vances mira por cima del hom-
bro de ella.)*

VANCES. Ese es un abecedario.

FLORA. No llega mas que á la V.

VANCES. Dudo que á estampar alcances
las otras tres letras.

FLORA. Si.

Son raras.

VANCES. Tres. X, V,

Z. A ver mi nombre.

(Flora le presenta una hoja del diario.)

Vances.

FLORA. Victor Vances. *(Leyendo.)*

VANCES. Es el mio.

Continúa.

FLORA. Años de edad.

cuarenta y seis.

VANCES. No es verdad:

cuarenta y dos.

FLORA. No porfio:

mas debe andar por aqui

*(Abriendo un cajon y sacando una carta que
lee.)*

cierta carta que escribia

á una amiga...

VANCES. ¿Quién, Sofia?

FLORA. Justamente, y dice así: *(Leyendo.)*

«Querida Inés, te he ofrecido

»una pintura del hombre...

VANCES. Que soy yo.

FLORA. *(Presentándole el papel.)* Vea usted su nombre.

(Continuando la lectura.)

«Que espero sea mi marido.

»Es rico, amable...

VANCES. Adelante.

FLORA. (*Leyendo.*) «No brilla su entendimiento
»por lo raro del talento,
»y es mas pulcro que elegante;
»pero tiene buena renta,
»y pretendo que será
»un buen marido, aunque ya
»se aproxima á los cincuenta. /

VANCES. ¡Qué oigo!

FLORA. (El germen de la ira
en su corazon penetra.)
Mire usted: esta es su letra.

VANCES. Cuanto ella dice es mentira.

FLORA. Luego que sea su marido...

VANCES. ¿Yo su marido? Jamás.

FLORA. ¿Piensa usted volverse atrás?

VANCES. Si tal: estoy decidido.

FLORA. Pero eso no puede ser.

VANCES. ¿Yo su marido? ¡Qué horror!

¡Una mujer tricolor!

¡un arco iris por mujer!

FLORA. Antes...

VANCES. Esa variedad
de tintes ha dado fin
á mi amor. ¡Blanco, carmin,
negro!

FLORA. ¡Y el resto!

VANCES. Es verdad,
el resto. ¡Lejos de mí
ese disparatel (*Se oye sonar la campanilla.*)

FLORA. Ahora
creo que llama mi señora.

VANCES. No digas que estoy aqui. (*Váase Flora.*)

ESCENA X.

VANCES.

¡Escelento compañera
iba á elegirl! Yo creía
que al menos era Sofia
una mujer verdadera.
Pero hallar tan solo en ella

una flor... artificial,
 es cosa que sabe mal:
 nada, renunció á mi bella.
 Gracias á este borrador
 de la carta, enviada á Inés,
 conozco ya el interés
 que dominaba en su amor.
 —Yo que pensaba esta noche
 ir con ella al baile... ¡Y qué!
 Ya que me aguardan, iré,
 pero solito en mi coche.
 Y mañana... Adios, Sofia:
 sin volver á tu presencia,
 me meto en la diligencia,
 y otra vez á Andalucía.

ESCENA XI.

VANCES, SIMON, disfrazado.

SIMON. ¿Se puede entrar? (*Desde el fondo.*)
 VANCES. Adelanté.
 SIMON. (El ramillete le entrego,
 fingiendo la voz, y luego...)
 VANCES. Adentro.
 SIMON. (*Salgo al instante.*)
 VANCES. ¿Qué hay?
 SIMON. (*Adelantándose.*) De parte de mi amo
 á la señorita Flora.
 VANCES. Dame. (*Toma el ramillete.*)
 SIMON. (*Escapemos ahora.*) (*Vase.*)

ESCENA XII.

VANCES.

(*Entretenido en mirar el ramillete.*)
 ¿Quién es el que envía este ramo?
 —¿No oyes?—¡Calla, se ha marchado!
 Mas no importa: el ramillete
 esconderá algún billete.
 Aquí está: no me he engañado.

Desearia conocer
á ese galan de antesala.
(*Llevando el papel á la nariz siempre que lo indica el monólogo.*)
—Bonito perfume exhala
el papel.—Es menester
que yo averigüe por fin
lo que hay en esto. Es graciosa
la chica.—Esencia de rosa.—
Mas pobre.—No, de jazmin.—
Puede que el cariño sobre...
—¿Almizcle?—y falte el dinero.
—Esto es azahar.—Yo quiero
enterarme.—Quito el sobre
y leo; ¿mas qué estoy viendo?
¡abierto! tanto mejor. (*Leyendo á trozos.*)
En muestra de fino amor...
El conde de... no lo entiendo.

ESCENA XIII.

VANCES, FLORA.

FLORA. (*Desde el fondo.*) (Gracias á mí, la señora
dice que se va á acostar.
Así consigo evitar
una esplicacion ahora.
Mi plan es de los mejores.
¡Animol) (*Adelantándose.*)
VANCES. A tiempo has venido.
FLORA. ¿Qué sucede?
VANCES. He recibido
para tí un ramo de flores.
FLORA. Me alegro mucho: ¿es aquel?
VANCES. Aquel, sí.
FLORA. (¡Esto no va mal!)
VANCES. ¿Y quién te hace ese regalo.
FLORA. Eso lo dirá el papel.
VANCES. ¿Cómo?
FLORA. Está claro: yo creo
que ahí vendria algun billete.
VANCES. No.

- FLORA. Siempre es un ramillete
competidor del correo.
- VANCES. Pues esta vez, salvo error,
no hay billete.
- FLORA. Usted lo habrá
recogido.
- VANCES. (*Sonriendo y presentándolo.*) ¿Yo? Aquí está.
- FLORA. ¡Hola!
- VANCES. ¿Quién es el autor?
- FLORA. No sé.
- VANCES. No intentes negarlo.
- FLORA. Pero...
- VANCES. Deseo conocerlo.
- FLORA. ¿Por qué quiere usted saberlo?
- VANCES. ¿Por qué quieres tú ocultarlo?
- ¿Es joven?
- FLORA. ¿Quién?
- VANCES. El que envía
las flores.
- FLORA. (*Desentendiéndose.*) El carnaval
promete.
- VANCES. ¿Es rico?
- FLORA. (*El mismo juego.*) ¿Y qué tal
se pasa en Andalucía?
- VANCES. ¿Buen mozo?
- FLORA. Bonito suelo...
- VANCES. ¿No me oyes?
- FLORA. Un país muy rico...
- VANCES. Responde: yo te suplico...
- FLORA. Y claro y hermoso cielo.
¿No es verdad que causa gozo
vivir en aquel eden?
- VANCES. Yo te suplico...
- FLORA. (*Mudando de tono.*) Pues bien,
es joven, rico y buen mozo.
¿Qué más quiere usted saber?
- VANCES. Dime ¿cuando escribe ese hombre
firma?...
- FLORA. Es claro, con su nombre.
- VANCES. No lo he podido entender.
- FLORA. (Ni hace falta)
- VANCES. ¡Oyeme, Flora.

- ¿le amas tú?
- FLORA. Pero, señor,
- ¿es usted mi confesor?
- VANCES. ¡Ay! tú eres encantadora.
- FLORA. ¿De veras? Mucho me place.
- VANCES. ¿Sabes lo que he dicho?
- FLORA. ¿Qué?
- VANCES. Que eres linda.
- FLORA. Ya lo sé.
- VANCES. ¿Lo sabes ya?
- FLORA. Tiempo hace.
- Los hombres, cuando me ven,
y el espejo, cuando yo
me miro, afirman que no
miento en decirlo también.
- VANCES. ¡Adorable!—Dí, Sofía,
¿en venir conmigo insistes
al baile?
- FLORA. ¿Y usted persiste
en ir en su compañía?
- VANCES. ¿Yo? de ninguna manera.
- FLORA. Ella tampoco.
- VANCES. ¿Qué escucho!
- FLORA. ¿Esto le sorprende?
- VANCES. Mucho.
- ¿Qué pretexto da?
- FLORA. Cualquiera.
- Los nervios, ó que se ha puesto
mala, ó bien que tiene espin:
escoja usted.
- VANCES. Pero en fin,
el verdadero pretexto
de ese desaire reciente
quiero yo saber: ¿cuál es?
- FLORA. ¿No le he dado á escoger tres?
- Preciso es que se contente.
El derecho de eleccion
tiene usted: tómelo á broma.
- VANCES. Es decir que ella me toma
por juego, por diversion.
- FLORA. ¡Juego!... ¡diversion!... ¡no hay tal!
que ella rompa, ó que su lado

huya usted, ¿el resultado
de ambos modos no es igual?

VANCES. Yo no sirvo de juguete
á nadie.

FLORA. ¡Qué disparate!

VANCES. Ni quiero que se me trate
como se trata á un cadete.

FLORA. (De esos eternos reproches
me voy cansando á fé mia.)

VANCES. (Dirigiéndose hácia donde se supone estar
Sofía.)

Juro vengarme, Sofía.

FLORA. Buen provecho, y buenas noches,
que el lance no se remedia
con quejas.

VANCES. Oyéame, Flora:
hablemos un poco.

FLORA. ¿Ahora?

¡Pues si son las once y media!

VANCES. Y qué importa la hora, cuando
cautiva nuestra atencion,
mas que la conversacion,
la persona que está hablando?

FLORA. ¡Diantre! (Llaman.)

VANCES. Pero me figuro
que llaman.

FLORA. Cierto.

VANCES. ¿Es á tí?

FLORA. No. (Si viene por aqui,
voy á verme en un apuro.)

VANCES. Estoy pensando una cosa.

FLORA. ¿Cuál?

VANCES. Que tienes una mano
divina, un pié soberano
y una cintura preciosa.

FLORA. Siga usted.

VANCES. Y yo, ¿qué tal
te parezco?

FLORA. Segun creo,
va á ser esto un galanteo
mútuo, un duelo al madrigal?
—Buenas noches.

VANCES. (*Deteniéndola delante de donde está la caja.*)

Ven aquí.

¿No has visto ese dominó?

FLORA. Póngaselo usted.

VANCES. ¿Quién, yo?

FLORA. ¿Un dominó carmesí?
Lamará usted la atención
con él.

VANCES. No puedo llevarlo.

FLORA. ¡Qué lástima!

VANCES. Ni dejarlo
olvidado en el carton.

FLORA. Entonces ¿qué hemos de hacer?

VANCES. El caso es que para ti
parece hecho.

FLORA. ¡Calle! ¿Si?

VANCES. Si tú lo quisieras ver...

FLORA. Si eso le agrada...

VANCES. Muchísimo.

FLORA. Bueno.

VANCES. Estarás hechicera
con ese traje. (*Ayudando á ponérselo.*)
Primera

manga.

FLORA. Segunda.

VANCES. (*Con entusiasmo.*) ¡Oh, bellissimo!

FLORA. (*Acercándose al espejo.*)

¿Sabe usted que realmente
me cae bien?

VANCES. ¡Si es un primer!

Ya te lo dije.

FLORA. El color
me sienta admirablemente.

SOFIA. (*Dentro.*) Flora, Flora.

FLORA. Oigo su voz.

VANCES. ¿Te llaman?

FLORA. (*¡Qué compromiso
si llega á entrar! Es preciso
que esto marche mas veloz.*)

VANCES. Quisiera yo que Sofia
te viese.

FLORA. ¿A qué me ha de ver?

- VANCES. La venganza es el placer
de los dioses, hija mía.
- FLORA. ¿Y usted se quiere vengar
por medio del traje?
- VANCES. ¡Ay Flora!
Si tú...
- FLORA. ¡Lástima es ahora
tenérmelo que quitarl!
- VANCES. Nada de eso.
- FLORA. ¿Cómo?
- VANCES. Espero
que con ese dominó
vengas al baile.
- FLORA. ¿Quién, yo?
- VANCES. Conmigo.
- FLORA. Imposible.
- VANCES. Pero...
¿Por qué no?... Vamos, responde.
- FLORA. Yo agradezco la merced;
pero... (*Llaman á la puerta del fondo.*)
- VANCES. ¿Llaman?
- FLORA. Calle usted.
- VANCES. ¿Quién es?
- FLORA. Es mi amante, el conde.
- VANCES. ¿El del ramo?
- FLORA. Huya usted, si.
- VANCES. No pretendas alejarme.
- FLORA. Voy al instante á quitarme
su dominó carmesí.
- VANCES. Es inútil. (*Deteniéndola: vuelven á llamar.*)
- FLORA. ¿Quién es?
- SIMON. (*Dentro: Flora cierra rápidamente la puerta.*)
Yo.
- FLORA. Me estoy poniendo el vestido:
asi que haya concluido,
saldré.
- VANCES. (*¿Y lo consiento? No.*)
Me opongo á que te acompañe.
- FLORA. ¿Pero qué violencia es esa?
(*Vuelve á sonar la campanilla.*)
- VANCES. La campanilla no cesa.
- FLORA. No hay razon porque lo estrañe.

- VANCES. ¿Pues cuál es tu pensamiento?
- FLORA. Nada de particular
tiene: él se va á casar
conmigo.
- VANCES. No lo consiento.
- FLORA. Él se empeña en ser mi esposo...
- VANCES. ¿Tu marido ese maldito?
- FLORA. ¡Nunca! yo no lo permito.
- FLORA. ¡Silencio! el conde es celoso
como un tigre.
- VANCES. Que lo sea.
En mi primer arrebato...
- FLORA. ¿Qué hará usted?
- VANCES. Salgo y lo mato.
- FLORA. ¿En fin, usted qué desea?
- VANCES. Dulce premio á mi pasión
es necesario que des.
- FLORA. Pero...
- VANCES. Yo pongo á tus piés
mi mano y mi corazón.
- FLORA. (La predicción de mi abuela)
Todo eso bien estará;
pero es imposible ya.
- VANCES. ¿Cómo?
- FLORA. Él por mí se desvela...
- VANCES. ¡Bien! ¿no quieres ser mi esposa?
- FLORA. Pero...
- VANCES. (*Dirigiéndose al fondo.*) Le voy á matar.
- FLORA. No. (*Deteniéndole.*)
- VANCES. ¿Aceptas?
- FLORA. Por evitar
la efusión de sangre.
- VANCES. ¡Ah hermosa!
Ahora al baile y luego...
- FLORA. ¿Dónde?
- VANCES. ¡Oh! mañana á Andalucía.
- FLORA. ¿No es verdad?
- FLORA. ¿Pero y Sofía?
- VANCES. Que se case con el conde.
- FLORA. ¡Silencio!
- VANCES. Así se remedia
todo. (*Ambos se dirigen de puntillas hácia la*